EN TORNO AL IDEARIO POLITICO DE CARLOS V

España, el Turco y la "universitas christiana".

DE CISNEROS A LOS AUSTRIAS

El pioneer de la expansión española en el norte de Africa no fué Isabel —por más que la Reina Católica invitara y cooperase a tal empresa—, ni tampoco su esposo Fernando —por bien que éste interpretara los anhelos castellanos—, sino un eclesiástico de recio carácter y singulares dotes políticas: el cardenal Jiménez de Cisneros [1]. A la voluntad del consejero real se deberían, en efecto, esos rumbos mogrebinos que Braudel y otros historiadores relacionan con los imperativos geográficos, pues el estrecho de Gibraltar une, en vez de separar, la Península y Marruecos: forma un "bicontinente" [2]. Razones geopolíticas e históricas aconsejaban, sin duda, el camino al otro lado de las Columnas de Hércules, y Cisneros supo mejor que nadie orientar hacia Berbería el empuje hispánico. Desde 1508, en que las armas cristianas ocupan el Peñón de la Gomera, hasta 1511, en que sufren el importante revés de los Gelves, Cisneros planea y dirige las operaciones —auxiliado por el conde Pedro Navarro— con habilidad extraordinaria: Orán (1509), Bugía (1510), Trípoli (1511)... De ahí que "en cualquier historia del Imperio español —anota Merriman—, el nombre del cardenal Jiménez será siempre recordado por sus actividades en el norte de Africa. La campaña contra Orán, en 1509, y las otras expediciones que siguieron inmediatamente después de aquélla, habían sido posibles desde un principio por su energía y entusiasmo. Durante

---

[1] *Cf.* R. B. Merriman, *The Rise of the Spanish Empire*, II, New York, Macmillan, 1918, p. 241.

[2] *Cf.* F. Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, I, traducción de M. Monteforte Toledo y W. Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, pp. 92 y ss.

el período de su regencia embarcó una expedición contra Argel, y a pesar de la afirmación en contrario de su biógrafo, tenemos fundamentos para creer que quedó muy abatido por su fracaso" [3]. El motor de esa clarividente política norteafricana es el ideal de Cruzada que busca horizontes más amplios allende las fronteras, donde el Islam ronda y amenaza permanentemente.

La muerte del Rey Católico (1516) dejó planteada la cuestión musulmana occidental, pero con el agravante de los manejos turcos, que se extendieron a los territorios berberiscos desde la conquista de Egipto en 1517. Europa, como antaño, al sucumbir Constantinopla, sentía pavor y angustia: el sultán disponíase a reemprender la ofensiva contra la Cristiandad, atacando en primer lugar a los Hospitalarios de Rodas [4].

Esta crítica situación, este sino histórico, afróntalos desde su adolescencia el nieto de los Reyes Católicos. Al suceder a sus abuelos y gobernar Castilla por la incapacidad de su madre, Juana *la Loca*, hereda las directrices político-militares de Isabel, Fernando y Cisneros tanto como las tradiciones imperiales de la Casa de Austria. Examinaré aquí únicamente su posición frente al infiel, sin otro propósito que el de apuntar unos cuantos rasgos característicos.

El reinado de Solimán *el Magnífico* (1520-1566), hijo de Selim, marca el cenit de la grandeza osmanlí [5], pues disputaría a Carlos el dominio de Europa en un pugilato sensacional cuyos hechos son demasiado conocidos para insistir sobre ellos: caída de Belgrado (1521), toma de Rodas (1522), batalla de Mohacz (1526), sitio de Viena (1529), acuerdo militar entre Barbarroja y Francisco I de Francia (1535), conquista de La Goleta y Túnez por las tropas imperiales en el mismo año, desastres de Argel y Pest (1541), pérdida de Niza (1543)... Analicemos tan sólo el ideario imperial como expresión de la *universitas christiana* y como prueba de la influencia española en el atareado quehacer gubernamental de Carlos V.

"Cerrada victoriosamente por los Reyes Católicos la reconquista peninsular —ha escrito Sánchez Montes—, el impulso de la guerra se vuelca ya en las tierras ribereñas del Mediterráneo como desenlace lógico y etapa última de la guerra contra el infiel. Lo que los moros habían sido en los siglos medios eran los turcos en la época de Carlos V. La lejanía del enemigo convertía ahora la reconquista en conquista" [6].

---

[3] R. B. MERRIMAN, *Carlos V el Emperador*, trad. de G. Sans Huelin, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 2ª ed., 1949, p. 27. El biógrafo a que se refiere es Alvaro Gómez de Castro, autor de *De rebus gestis a Francisco Ximenio Cisnerio... libri octo*, Compluti, 1569.

[4] *Cf.* C. BROCKELMANN, *Histoire des peuples et des états islamiques*, trad. de M. Tazerout, Paris, Payot, 1949, pp. 244-246.

[5] *Cf.* un resumen de sus campañas en C. BROCKELMANN, ob. cit., pp. 246-249. V. también R. B. MERRIMAN, *Carlos V*, capítulo V, pp. 176-211. El mismo, *Solimán el Magnífico (1520-1566)*, trad. de H. Caprile, Buenos Aires, 1946. El estudio biográfico más importante hasta la fecha es, sin embargo, el de F. BABINGER, *Suleyman der Grosse*, 2 vols., Stuttgart, 1922.

[6] J. SÁNCHEZ MONTES, *Franceses, protestantes, turcos. Los españoles ante la política internacional de Carlos V*. Pamplona, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Escuela de Historia Moderna), 1951, p. 84. Para bibliografía, *cf.* R. SÁNCHEZ ALONSO, *Fuentes de la historia española e hispanoamericana*, II, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Instituto "Miguel de Cervantes"), 1952, pp. 159-164 (turcos y berberiscos) y 134-150 (Francia e Italia).

LA CONCEPCIÓN IMPERIAL DE CARLOS V

Entre los problemas que mayor atención crítica han suscitado historiográficamente, figuran los relativos a la idea imperial carolina; es decir, su génesis, su filiación, su alcance político y su vigencia o fracaso históricos. Las posiciones difieren según los autores: unos, como Karl Brandi, Peter Rassow y, ocasionalmente, Fernand Braudel, pretenden que tal idea no aparece ligada a las tradiciones peninsulares, aunque sí a las europeas medievales, principalmente alemanas; otros, como don Ramón Menéndez Pidal y Juan Sánchez Montes, afirman, por el contrario, que el pensamiento carolino en torno a los intereses supremos de la Cristiandad revela una estirpe medieval, sin duda, pero su 'forma' presenta rasgos típicamente hispanos [7].

Brandi —a quien respalda con nuevos argumentos Rassow— ha visto en Mercurino Gattinara, canciller imperial, el verdadero mentor político del César Carlos: fué, según él, un consejero influyente, "no sólo en la gran política, sino también, en cierto modo, de una manera preponderante, en la personalidad de Carlos, como antes sólo influyera Chièvres y, después de él, nadie más" [8]. Desde 1518 hasta el año de su muerte (1530), Gattinara ejerció realmente, al comienzo, sobre el joven monarca una tutela ideológica, transmitiéndole nociones de abolengo dantesco; pero Carlos supo emanciparse pronto. Al mismo tiempo, la fuente de que disponemos para conocer la vida del letrado piamontés —sus *Memorias*— y en la cual se apoyan los historiadores alemanes, no ofrece muchas garantías en cuanto a sinceridad. Además, la conducta pública del Emperador, sus discursos —opuestos doctrinalmente a las ideas de Gattinara—, los Poderes e Instrucciones de 1539, 1543 y 1548, dirigidos al príncipe heredero, muestran que Carlos no deseó nunca ensanchar los dominios propios con miras a la monarquía universal. Por tanto, el sueño ecuménico de Gattinara no encontró demasiado eco en el ánimo del soberano, a quien las vicisitudes del reinado iban convenciendo de la temeridad de intentar siquiera la realización de tal sueño. Merriman denomina con acierto a esta táctica "defensiva tenaz": "El mantenimiento del *statu quo* —escribe— era lo más que podía esperar; el Imperio español era tan grande que cualquier intento para engrandecerlo más estaba abo-

---

[7] V. la bibliografía sobre esta cuestión en R. CARANDE, "El Imperio de Carlos V (Comentarios a Peter Rassow)", en el *Boletín Bibliográfico Alemán* (Madrid), núms. 1-2, enero-junio 1944, pp. 1-13. Critica la interpretación de P. RASSOW en *Die Kaiser-Idee Karls V, dargestellt an der Politik der Jahre 1528 bis 1540*, Berlín, 1932. De P. RASSOW han sido traducidas al español tres conferencias, que divulgan sus ideas al respecto bajo el título de *El mundo político de Carlos V*, trad. de F. González Vicen e Introducción de R. Carande, Madrid, A. Aguado, 1945 (V. especialmente la titulada "Carlos V como fundador del Imperio español"). Rassow cree, entre otras cosas, que "el Emperador no logró... en ningún sentido la articulación de España en el Imperio" (p. 103). F. BRAUDEL, por su parte, sostiene categóricamente: "No: España no fué el gran personaje de la historia de Carlos V, aunque contribuyera poderosamente a ella con todo el peso de sus recursos" (*cf. El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, I, p. 559). La obra de K. BRANDI puede consultarse en la versión española de M. Ballesteros Gaibrois, con interesantes prólogo y epílogo de Antonio Ballesteros y Beretta: *Carlos V. Vida y fortuna de una personalidad y de un Imperio mundial*, Madrid, Editora Nacional, 1943—. Don Ramón MENÉNDEZ PIDAL ha examinado la cuestión en una conferencia pronunciada en la Institución Hispanocubana de Cultura (1937) y reproducida, junto con otros ensayos, en *Idea imperial de Carlos V*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 3ª ed., 1946, pp. 11-36 (Nº 172 de la Colección "Austral").

[8] K. BRANDI, *Carlos V*, p. 79.

cado a terminar en un desastre... La aceptación de las enormes responsabilidades con que le había complacido a Dios, en su infinita sabiduría, investirle, era el principio que intentaba inculcar a cada momento. El intentar aumentarlas sería manifiestamente una imprudencia; el esquivarlas o desatenderlas sería cobardía..." [9].

Menéndez Pidal expone y desarrolla tan correcta apreciación —no sólo de Merriman, sino de otros investigadores— en un trabajo polémico muy notable. Conforme a esta tesis, referiré la idea imperial de Carlos V a su vertiente musulmana, o, lo que es igual, al problema turco.

El gran filólogo e historiador español señala cuatro momentos en la curva política del César: 1º) las Cortes de La Coruña, de 1520; 2º) la Dieta de Worms, de 1521; 3º) el "sacco di Roma", de 1527; y 4º) el discurso de Madrid, de 1528.

El alma de las primeras, el que tuvo a su cargo el discurso de la Corona, el que presidió las sesiones y representó al pueblo español en aquellas horas críticas, fué "el Muy Reverendo y magnífico señor el maestro Don Pedro Ruiz de la Mota, obispo de Badajoz, del Consejo de sus Altezas y su limosnero mayor" [10]. Residente en Bruselas desde 1508 por discrepancias con Fernando el Católico, entona un canto a la idea imperial, hispanizándola ("este reino es el fundamento, el amparo y la fuerza de los otros") y, a la vez, universalizándola sobre bases religiosas, de lucha contra el infiel, pero dentro de una concepción pacifista en orden a las relaciones con los demás príncipes cristianos. "La efectividad principal de tal imperio —hace constar Menéndez Pidal— no es someter a los demás reyes, sino coordinar y dirigir los esfuerzos de todos ellos contra los infieles, para lograr la universalidad de la cultura europea. Gattinara, la *monarquía universal*; Mota, la dirección de la *universitas christiana*. Esta gran diferencia, estos dos tipos de imperio, no advertidos por Brandi, nos aclara la cuestión sobre la paternidad de la idea imperial carolina, mos-

---

[9] R. B. MERRIMAN, *Carlos V*, pp. 243 y ss.

[10] *Cf.* las *Cortes de los antiguos Reinos de León y de Castilla*, IV, Madrid, [Real Academia de la Historia], Sucesores de Rivadeneyra, 1882, p. 290. Concretamente sobre el doctor Mota, consejero imperial, no existe, que sepamos, ninguna monografía. Datos biográficos interesantes acerca de este personaje clave se hallarán en J. SOLANO DE FIGUEROA Y ALTAMIRANO, *Historia eclesiástica de la Ciudad y Obispado de Badajoz*, 2ª parte, Badajoz, Centro de Estudios Extremeños, 1933, pp. 147-161. Aquí leemos: "Al tiempo mismo que el Rey don Carlos dió el obispado de Cordoua, a don Alonso manrrique nuestro obispo, dió el de Badajoz a don Pedro Ruiz de la mota natural de Burgos, maestro en santa Teologia, Predicador excelente, del consejo del enperador Maximiliano, limosnero maior del enperador don Carlos, y de su consejo de estado, el año de mil quinientos y diez y siete vino á españa con el çesar, y sirvio plaza en el consejo de la camara en compañia de don garçia de Padilla. Tuuo tanta mano en el gouierno, que con mandarlo todo monsieur de xeures, era el obispo quien le mandaba a él, no lo dice mal la coronica del enperador [Sandoval], ni encareçe poco este valimiento... electo ya de Palencia, siguio al Rey á Flandes, y quando el año de veintidos bolvia á españa, le encontró la muerte en Herrera de Pisuerga, lugar de su obispado, a treinta de setiembre del mismo año, mandose enterrar en el conuento de s. Bernardino, y despues fue trasladado à la capilla de s. nicolas, que auia fundado en el conuento de s. agustin de Burgos, adonde yaçen algunos de sus antepasados (si bien los mas distantes descansan en la collegiata de couarrubias) y en la misma capilla está escrito que murio electo Arçobispo de Toledo..." (*cf.* el cap. XV). Debo esta referencia a la amabilidad del muy distinguido erudito extremeño don Antonio Rodríguez Moñino.—Otras noticias sobre Mota las suministra A. WALTHER, *Die Anfänge Karls V*, Leipzig, Verlag von Duncker & Humblot, 1911, pp. 103-127. El discurso de la Corona ante las Cortes de La Coruña puede verse en *Cortes*, ya cit., IV, pp. 293-298. Una segunda intervención, en pp. 312-313.

trándonos que no es seguramente del canciller, sino que en su primera forma pública aparece elaborada, en colaboración, por Carlos V y el doctor Mota" [11].

Con respecto al segundo momento, la Dieta de Worms, el Emperador redactó una declaración político-religiosa inspirada en las normas isabelinas, a saber, la defensa de la fe, "empleando para ello, son sus palabras, mis reinos, mis amigos, mi cuerpo, mi sangre, mi vida y mi alma..." [12]. Ya el ascendiente de sus consejeros españoles pesaba mucho en las decisiones imperiales: la "historia divinal" se hacía sentir una vez más.

En cuanto al tercer momento, el saqueo de la Ciudad Eterna por las tropas del condestable de Borbón, dió pie a una respuesta carolina al Breve de Clemente VII, Papa francófilo; respuesta cuyo autor literario fué nada menos que Alfonso de Valdés y en la cual se manifiestan el orgullo y la firmeza españoles ante el Médici. Carlos V nos hace recordar a este propósito el enojo de su abuelo Fernando contra la Santa Sede en más de una ocasión. El Emperador sobreponía los deberes católicos del Imperio a los del mismo Papa, incluso mediante la convocación de un Concilio general si fuera preciso.

Finalmente, el cuarto momento lo sitúa Menéndez Pidal en 1528, es decir, cuando el César anuncia su plan de coronación imperial en Italia y de reunión del Concilio para sofocar la herejía luterana y acometer la tan demorada reforma eclesiástica. El cronista Alonso de Santa Cruz lo inserta en su obra y, estudiando el estilo tanto como el fondo del discurso, infiere Menéndez Pidal que salió de la pluma de fray Antonio de Guevara, predicador de la capilla real y cronista imperial. Nuevamente aflora la concepción hispánica, distinta de la europea que representa Gattinara: estos conceptos —escribe don Ramón—, "que al pie de la letra se hallan en el *Reloj de príncipes*, son contrarios a los del canciller. Gattinara piensa en la monarquía universal de Carlos como un privilegio, como el justo título para toda otra conquista, como justo título para dominar todo el orbe. La idea española triunfa también en Madrid, y la idea del canciller es repudiada con menosprecio adoptando frases de Guevara" [13].

Las conclusiones a que Menéndez Pidal llega son éstas: a) el canciller Gattinara no inspiró la idea imperial como consejero e instructor del joven Carlos; b) el pensamiento político del gran monarca refleja constantemente la herencia isabelina a través de Mota, Valdés y Guevara; c) la ingente arquitectura imperial fué hispanizándose más y más en el curso de las experiencias históricas de su artífice, con un

---

[11] R. MENÉNDEZ PIDAL, *Idea imperial de Carlos V*, p. 20. El concepto de *universitas christiana* era común entre los erasmistas. Sobre la influencia del gran humanista holandés en el Emperador y su círculo, cf. M. BATAILLON, *Erasmo y España*, I, trad. de A. Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 1950, cap. V, pp. 263-324, y VIII, pp. 425-503.

[12] R. MENÉNDEZ PIDAL, ob. cit., p. 18.

[13] R. MENÉNDEZ PIDAL, ob. cit., p. 28.

sentido quijotesco, siempre en nombre de la *universitas christiana* y no de la monarquía universal. Así, pues, la España carolina se alzaba con el santo y seña de la unidad europea cuando el Occidente se dividía en naciones y la fe común era desgarrada por la herejía. En particular, "las guerras entre Francisco I y Carlos V son consideradas por los españoles como guerras civiles, guerras suicidas mantenidas entre cristianos, al tiempo que los infieles se preparan para la lucha. Paz con los príncipes cristianos y guerra con los infieles pedían una y otra vez —sobran testimonios documentales— aquellos hombres para quienes el término Cristiandad distaba mucho de ser una palabra sin contenido" [14].

Tratábase de la causa medieval, romano-germánica; pero no menos española por su vertiente religiosa y defendida contra el Islam durante ochocientos años. Causa no siempre comprendida ni respetada por los demás soberanos, esclavos ya de la "razón de Estado". Y tan sublime anacronismo constituye para Menéndez Pidal uno de los "frutos tardíos" del Renacimiento español; fruto que, por lo demás, se marchitaría pronto anulando la obra de Carlos V.

Creo plausible la interpretación que el maestro peninsular ha intentado hacer del reinado carolino. Evidentemente el Emperador se

---

[14] J. SÁNCHEZ MONTES, *Francesa, protestantes, turcos*, p. 130. Sobre la voluntad de poder al servicio de la causa cristiana, manifestada en la España de los Reyes Católicos y de Carlos V, aduce este autor los testimonios de personalidades tales como Luis Vives, el P. Francisco de Vitoria, Juan Ginés de Sepúlveda, el cardenal Martínez Silíceo, etc., partidarios todos ellos de la *universitas christiana* o concordia entre los soberanos católicos para oponerse al Turco. Junto con esos defensores de la solidaridad europea, las Cortes del Reino se pronunciaban a su vez en favor de una acción general contra los enemigos de la fe: así, por ejemplo, la petición quinta de las Cortes de Valladolid de 1523 va dirigida a conseguir la tan ansiada paz: "Otrosí —se dice en ella—, suplican a Vuestra Majestad que trabaje e procure, por todos los medios que ser pudiere, la paz con los príncipes cristianos y la guerra contra los infieles". La ciudad de Córdoba, en los capítulos de las Cortes de Valladolid de 1542, hace oír también su voz en este sentido: "Item, porque de la paz entre los cristianos se muestra Dios muy bien servido, pues la dejó encomendada a los Apóstoles como Príncipes de su Iglesia, que se suplique a S. M., como el más principal en la Cristiandad, haya por bien de procurarla, como siempre lo ha hecho, porque más sin impedimento pueda hacer guerra a los infieles enemigos de nuestra sancta Fee católica, pues es propio oficio, y ejercicio de los reyes, e más de S. M., que con su gran poder se podrá mejor efectuar, y desta manera se crescerán sus reinos e señoríos y se siguirán otros muchos bienes que son notorios" (cits. por J. SÁNCHEZ MONTES, ob. cit., pp. 58-59). Y no debemos atribuir tal irenismo de las Cortes a intereses materiales, esto es, al deseo de eludir la votación de subsidios e impuestos diversos, ya que —añade SÁNCHEZ MONTES— "los procuradores solicitan la paz con los príncipes cristianos y la guerra contra los infieles. Guerra, además, más costosa, contra la que no hay en las actas de Cortes la menor queja" (ob. cit., p. 59).

Ahora bien, el ideal hispano-carolino de paz, de *universitas christiana*, fué neutralizado y reducido a una grandiosa utopía por los esfuerzos de Francisco I de Francia, quien, para contrarrestar la política del Emperador y obtener el equilibrio de poderes, no vaciló en aproximarse al Turco, a los protestantes alemanes, los suizos, los italianos, etc., contra el César. Éste, en una real cédula fechada en Barcelona el 1 de mayo de 1543 —documento inapreciable como síntesis del pensamiento carolino— denuncia al "Rey Cristianísimo" y proclama nuevamente sus anhelos de paz: "Entendiendo —informa Carlos a la Villa de Madrid— la continuaçion de las preparaçiones de guerra que del (*sic*) dicho rrey Françia haze ayudandose para ello de todos los medios que puede, y que el turco, comun enemigo de la christiandad, con su yntiligencia y soliçitaçion viene en persona con grueso exercito por tierra contra la christiandad por la parte de Vngria..., aunque nuestro desseo es destar syenpre en estos rreynos, considerando la exigençia y neçesidad de las cosas y el peligro que se ofreçe y lo que ynporta la buena prouision y remedio, dexando la que conuiene para la defension y seguridad de las ffronteras dessos y destos rreynos, abemos delibrado y rresuelto pasar en Italia y Alemania para myrar dar horden y prouer mejor con nuestra presençia en lo que deura hazer en la rresistençia de los dichos enemigos, seguridad y beneficio de la christiandad y de nuestras cosas, y tanbien para ver sy se podra hallar camino para tener paz en la christiandad, como syenpre lo havemos desseado y deseamos..., etc." (Madrid, *Archivo Municipal*, 2-311-44).

hispanizó, no sólo como teórico del Imperio, sino también en su lenguaje, costumbres y enfrentamiento a la cosa pública [16]. Esa hispanización es indiscutible, sobre todo en su actitud frente al infiel.

EL GRAN TURCO Y LA MISIÓN DE ESPAÑA

José María Jover Zamora [16] ha definido la que él llama, con profunda comprensión de la época, "Alta Edad Moderna" (1517-1648), como un período de la historia europea durante el cual la Cristiandad libra dramática batalla contra los factores de la modernidad, que se abre paso entre los rescoldos medievales, subsistentes, a juicio de Troeltsch, hasta la Ilustración [17]. Dicha batalla se riñe bajo el signo de los Habsburgos en su rama española y es ganada por las fuerzas hostiles a los ideales unitarios. Westfalia significaría, en verdad, el ocaso de una política cuya meta fué la armonía entre los pueblos cristianos regidos por el Emperador. Desde 1648 Europa queda estructurada según principios racionales y netamente modernos: nacionalismo, libertad religiosa, equilibrio, secularización. "La primera fase de esta lucha —dice Jover— la librará, personalmente, Carlos. Que habrá de luchar contra Francia, símbolo del nacionalismo rebelde a la integración en el orden europeo de la *paz austríaca*; contra los protestantes, propugnadores de la libertad religiosa; contra los turcos, empujados a la lucha por Francia, que ve en ellos no a *los infieles* —consideración teológica—, sino —consideración política— una fuerza capaz de coadyuvar al contrapeso, al 'contraste', como se decía entonces, del poderío austríaco" [18].

Por su parte, Sánchez Montes adopta un punto de vista similar al de Jover: "Francia, los protestantes, los turcos —escribe—, piezas maestras en el juego inicial del programa político carolino. Un juego trascendente, y al fin de cuentas *pro fide romana*, en el que tampoco faltarían las fricciones con el Pontificado. Así entendió sus posibilidades de acción un hombre que fué en realidad la clave de un arco entre el pasado y el presente, entre la Historia y la vida" [19].

Nada más cierto: Carlos V, "arquetipo de lealtad histórica" [20], procura seguir el ejemplo de sus abuelos Isabel, Fernando, Carlos el Temerario y Maximiliano, desarrollando una labor política infatigable, de limpia fidelidad a todos ellos. Pero el pivote sobre el cual gira su armazón imperial constitúyelo la defensa de la fe; y, aparte de los

---

[15] Carlos V, que al iniciar su reinado no hablaba el castellano, terminó adoptándolo como lengua propia y equiparándolo en las relaciones diplomáticas al latín y francés. Recuérdese, por ejemplo, su vigoroso discurso ante Paulo III, del 17 de abril de 1536. Acerca de esta hispanización como factor decisivo en la política imperial, cf. A. VIÑAS, *Sobre la españolización de Carlos V*, Jena, 1936 (en Cuad. II "Vom Leben u. Wirken der Romanen", I, Spanische Reihe).

[16] J. Mª JOVER ZAMORA, "La Alta Edad Moderna", en *Arbor* (Madrid), Nº 26, febrero de 1948. Reproducido en *Historia de España. Estudios publicados en la revista "Arbor"*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953, pp. 204-222.

[17] E. TROELTSCH, *El protestantismo y el mundo moderno*, trad. de E. Imaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1951, pp. 62 y ss. (Nº 61 de los "Breviarios").

[18] J. Mª JOVER ZAMORA, art. cit., pp. 212-213.

[19] J. SÁNCHEZ MONTES, *Franceses, protestantes, turcos*, p. 32.

[20] La expresión es de J. Mª JOVER ZAMORA, art. cit., p. 213.

protestantes, quienes entrañan un grave riesgo para la *respublica christiana* son los musulmanes, a la sazón representados por el Gran Turco. "Para Carlos V —advierte Peter Rassow— política imperial era protección de la cristiandad contra los enemigos interiores y exteriores. El enemigo interior era la herejía luterana; el exterior, el Islam, es decir, el turco" [20 bis]. Merriman, a su vez, señala que "en cada una de sus diferentes capacidades y en cada uno de sus esparcidos dominios, Carlos estaba destinado a ser considerado como el jefe contra el Islam" [21]. Los territorios patrimoniales y eslavos, invadidos por Solimán; la España de Isabel y Fernando, unificada precariamente en orden al Estado, pero espiritualmente compacta; la honda piedad —piedad medieval— del César, que admiten Brandi, Menéndez Pidal, Carande y, sin excepción, todos los historiadores perspicaces [22]; el comercio mediterráneo, entorpecido por los corsarios berberiscos al servicio de Constantinopla; en fin, mil circunstancias —geográficas, históricas, familiares, religiosas y económicas— impelíanle a la acción. Pero, singularmente, España, que había combatido y convivido a lo largo de siglos con el Islam, estaría presente en las hazañas imperiales contra los otomanos. "El tema del Turco, 'enemigo común y perpetuo de la república cristiana', como se le llama en la proposición de las Cortes de Valladolid de 1537, fué para los españoles una continua obsesión, una etapa más de la Reconquista" [23]. Aunque Braudel sostenga que la idea de Cruzada pierde su carácter español como factor de la política imperial, no cabe duda que lo conserva intacto y aun lo refuerza [24].

Cuando el soberano habsburgués parta hacia Alemania en su condición de Emperador electo, el obispo Mota será su portavoz ante las Cortes de La Coruña, como hemos visto: un portavoz de la idea hispánica, centrada en la defensa de la fe y, sobre todo, en la guerra contra el Turco. España se erige en fortaleza de Occidente y el consejero Mota invoca un brillante pasado romano-medieval para obtener de las Cortes no sólo subsidios, sino también, en cierto modo, el reconocimiento del ideario carolino.

[20 bis] P. RASSOW, *El mundo político de Carlos V*, p. 12.

[21] R. B. MERRIMAN, *Carlos V*, pp. 176-177.

[22] "Hasta el último momento - dice K. BRANDI— se mantuvo como hombre de la más profunda religiosidad medieval" (*cf. Carlos V*, p. 532). "Ese abnegado sentimiento de cruzada contra infieles y herejes —sostiene R. MENÉNDEZ PIDAL— es el que inspiró el alto quijotismo de la política de Carlos... Tal sentimiento era hispano, y nada más que hispano...; era ésta una idea medieval resvivada, resucitada por España, era el ansia de la unidad europea..." (*cf. Idea imperial de Carlos V*, p. 29). "Contra los tres enemigos permanentes —agrega, por su parte, R. CARANDE—, Francia, el turco y Lutero, lucha Carlos, y cualesquiera fuesen sus ambiciones dinásticas, lucha siempre como paladín de la Iglesia" (*cf. El Imperio de Carlos V*, p. 10).

[23] J. SÁNCHEZ MONTES, *Actitudes del español en la época de Carlos V*, en la *Historia de España* (v. nota 16), pp. 274.

[24] F. BRAUDEL, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, I, p. 562. También J. SÁNCHEZ MONTES se resiste a admitir la opinión de Braudel: "No acierto a comprender —escribe— cómo en aquella Monarquía Universal inspiradora, sí, entre otras tantas obras, de la *Hispaniae Consolatio* de Jorge Sauermann, hubiera de desespañolizarse necesariamente la idea de cruzada. ¿Ocurriría así? ¿O fué, más bien, lo contrario: que el confuso sentimiento de temor ante el Turco se españoliza, que la idea de cruzada —muerta de hecho en la Cristiandad— se hace empresa *in actu*, gracias precisamente al decisivo peso español? No parece que la Revolución francesa haya perdido su carácter francés al servir de patrón universal en casi todas las revoluciones de la historia contemporánea" (*cf. Franceses, protestantes, turcos*, p. 85, nota 107).

Otro panegirista habría de ser un alemán: Jorge Sauermann (*Sauromannus*). Merriman subraya que "se percataba plenamente del peligro turco" [25]. Humanista versadísimo, rector de Bolonia a los veinticinco años, este silesiano creía salvadora para el Occidente la misión de los Habsburgos y su viaje a España tuvo acaso una finalidad propagandística. Al observar el mal ambiente que allí reinaba contra los flamencos y extranjeros, en general, del séquito carolino, Sauermann, con notable intuición, previó discordias civiles entre los españoles: fué así como nació ese tratado suyo, la *Hispaniae Consolatio*, escrito al navegar por las aguas del golfo de Vizcaya en ruta hacia el Norte, siguiendo al joven Emperador electo (1520). Un tratado que, además, dedicó al obispo Mota, sin duda por afinidades ideológicas con él. Sauermann exhorta a los súbditos españoles de Carlos a que depongan sus rivalidades y contemplen el luminoso amanecer imperial, pues de este modo, añade, la paz universal se tornará jubilosa realidad bajo la égida hispano-germánica. Asegurada la paz entre los príncipes cristianos, el Occidente podría luchar contra el Oriente... Ideario muy antiguo el de Sauermann, que se remonta al siglo XIII. Lo cual prueba, como afirma Brandi, que "seguía potente, eficaz y reñido el contenido filosófico y medieval del Imperio. El concepto de Emperador, en parte espiritual, en parte material, comprendía la misión de patrón de la Iglesia romana, la lucha contra la herejía y la defensa contra los infieles" [26]. En la *Hispaniae Consolatio* resuena una vez más, para extinguirse al cabo, el acento cristiano-universal de centurias pretéritas.

No se les ocultaba, no, a los contemporáneos la misión de España en la política internacional de Carlos V. No eran tales discursos y alegatos subterfugios oportunistas para granjearse las simpatías o, en último término, para escamotearles sus ducados a los españoles (que siempre estaban dispuestos a dar haciendas y vidas por la fe); eran, eso sí, constancia indubitable de los sentimientos colectivos ante el problema musulmán, problema nacional; pero los cortesanos flamencos no gustaban y el pueblo temía sus extorsiones. Por otra parte, la rápida ascensión del Reino a potencia europea bajo Isabel y Fernando, y a cabeza del Sacro Imperio bajo Carlos, tenía perplejos a los súbditos peninsulares, quienes tardarían en descubrir las ventajas del nuevo régimen sobre el particularismo tradicional, exacerbado por las facciones nobiliarias durante la Baja Edad Media. De ahí las Comunidades y demás alzamientos contra las nuevas fórmulas políticas que Carlos venía a ensayar y que solamente valoraban españoles muy lúcidos, como, por ejemplo, el doctor Mota.

Esa presencia en los campos de batalla contra el Turco o la morisma, y ese retraimiento inicial de la aristocracia y el pueblo ante la grandiosa idea de Imperio, caracterizan toda una fase del proceso histórico español: la comprendida entre 1517 y 1540 aproximadamente. Son los años del Alto Renacimiento, los de la Conquista indiana, los del predominio militar, diplomático, cultural y social de España en Europa.

---

[25] R. B. MERRIMAN, *Carlos V*, p. 48.
[26] K. BRANDI, *Carlos V*, p. 291.

Sin embargo, a medida que cosechaban triunfos, pero también reveses y sinsabores, los súbditos peninsulares iban dándose cuenta de su trascendencia histórica, de su papel hegemónico. La vertiginosa dilatación del horizonte vital, ya por el afanoso transitar a lo largo de los caminos europeos, ya por la impresionante aventura americana, contribuyeron a forjar un tipo humano 'imperial' que dominaría con su tremenda energía tal período, imprimiendo al curso ulterior de los hechos un genuino sello hispánico y, a los actores, un orgullo legítimo. Esta conciencia señorial aflora épicamente en el verso famoso de Hernando de Acuña:

Vn Monarca, vn Imperio y vna Espada.

Juan Sánchez Montes ha subrayado las posturas de diversos españoles ilustres en un sugestivo estudio [27]. Incluso reverdeció el providencialismo castellano, tan ostensible al ser proclamados los Reyes Católicos; providencialismo —no mesianismo— cuyas manifestaciones heroicas eran las mismas de siempre: guerra al infiel [28].

"La consecuencia más tangible —dice— ... es la ampliación de escenario, el derramamiento español por el mundo. 'Tomando ora la espada, ora la pluma', como dice uno de los más bellos endecasílabos de Garcilaso, los españoles se lanzaron a hispanizar en proporciones de universalidad. Vasco Díaz Tanco de Fregenal anudó la causa y el efecto:

Pues Dios tan claro se muestra
de parte del gran Carolo,
sea ya el mundo españolo".

"Tal ampliación de escenario llega al punto máximo de su significación... en la persistencia con que la retina conserva la idea de la reconquista de Jerusalén". Añadiendo: "Recientemente se han señalado los remotos precedentes que esta idea tiene en el pensamiento

---

[27] J. SÁNCHEZ MONTES, *Franceses, protestantes, turcos (passim)*. Peter RASSOW ve en la victoria imperial de Mühlberg (1547) un primer jalón de la hegemonía consciente de España, cuyas tropas decidieron la jornada (*cf. El mundo político de Carlos V*, pp. 100-102).

[28] Américo CASTRO inserta un fragmento de la que él llama "utopía épico-religiosa", consistente en un romance titulado *Incitamiento y conducta contra el gran Turco a toda la cristiandad*, que figura en el Cancionero de Romances de 1550, muy interesante como pieza ilustrativa de este providencialismo: "Saldrán todas las naciones, de tierra del Preste Juan, / y aquese nuestro gran César todo lo ha de conquistar, / pues hasta el monte Calvario ha en persona de llegar..." (*cf. Aspectos del vivir hispánico. Espiritualismo, mesianismo y actitud personal en los siglos XIV al XVI*, Santiago de Chile, Cruz del Sur, 1949, p. 53). V. también M. BATAILLON, *Erasmo y España*, trad. cit., I, pp. 263 y ss. Prefiero, con C. SÁNCHEZ-ALBORNOZ, la expresión "providencialismo" a la de "mesianismo" —que emplean A. CASTRO y J. SÁNCHEZ MONTES— para designar el clima espiritual español en la época que nos ocupa. "Providencialismo —dice Sánchez-Albornoz— y temor de Dios perviven y se exaltan en España durante el siglo XVI en razón de nuestra historia divinal, proyección más que un eco de nuestra divinal historia de los siglos VIII al XV... Sánchez Montes ha alegado suficientes testimonios en prueba de la realidad de ese providencialismo —por él mal llamado mesianismo— durante el reinado de Carlos V" (*cf. España. Un enigma histórico*, I, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1956, p. 370). [Esta última gran obra del insigne medievalista español arroja poderosa luz sobre los ideales de vida y cultura hispanos, distintos, según él, a las interpretaciones de Américo Castro y otros autores que se han planteado recientemente el "problema de España". Su lectura desatará una nueva polémica, indudablemente fecunda en orden a la precisión de ciertos conceptos y a la imagen total del pasado peninsular].

español. De ellos sólo interesa recalcar el enlace, el nexo que esta obsesión guarda con la guerra española de la Reconquista. Cuando los augures de la trayectoria histórica que aguarda a España se ponen a hacer cábalas sobre el porvenir, proceden en una encadenada serie de saltos. Primero, la Península; después, Africa; por último, Jerusalén. Estas son las etapas sucesivas de una línea optimista cuyo arranque hay que retrotraer a Alfonso el Sabio, por lo menos" [29].

La España imperial vivió sin duda un agitado sueño providencialista. Ofrécennos testimonios del mismo, entre muchos, una relación impresa en Sevilla en 1535, acerca de los preparativos y el entusiasmo general ante la campaña de Túnez; un curioso texto de Fernández de Oviedo [29 bis] sobre la misión de España; una carta de fray Antonio de Guevara al marqués de Pescara, relativa a la "Casa Santa"; otra, de 1538, en que la ciudad de Gibraltar manifiesta a la Emperatriz que "quiere nuestro Señor que en vida de V. M. el Emperador nuestro señor gane la Casa Santa, como está pronosticado por santos varones"; idéntico anhelo en Alonso de Santa Cruz (*Crónica*, III, 89); la Cohortatio de Juan Ginés de Sepúlveda, persuadiendo a Carlos V de que la empresa de Jerusalén era factible; el romance titulado "Incitamiento y conducta contra el Gran Turco a toda la Cristiandad", fechable entre 1534 y 1549, etc. Solamente en el medio hispano se explica tamaño acopio de vaticinios y exhortaciones. El Emperador contaba siempre, para toda acción bélica contra el Islam, con la resuelta ayuda de España.

Porque España colaboró en Viena, "cerco el más sangriento del mundo" [30]; en La Goleta y Túnez, donde se distinguieron los marinos de Alvaro de Bazán, así como las fuerzas de tierra que saquearon la ciudad durante tres días consecutivos, "desquitándose —justifica Merriman— de pérdidas sufridas durante muchos años anteriores como resultado de las incursiones del corsario" [31]; en Argel, donde, al Emperador, "casi todos los grandes soldados de España le acompañaban, entre ellos Hernán Cortés" [32], pero a quienes una suerte adversa negó la victoria... En cualesquiera lugares, ya fuesen las riberas del Danubio, ya las aguas mediterráneas o los arenales norteafricanos, el infante y el marinero hispanos sirvieron bien a Carlos V.

Consagración tan absoluta a la causa cristiana debióse, por supuesto, a la religiosidad española de los siglos xv al xvii, una religio-

---

[29] J. SÁNCHEZ-MONTES, *Franceses, protestantes, turcos*, pp. 49-50 y 98.

[29 bis] Ms. Según el Ms. 7075, fol. 23, de la Biblioteca Nacional de Madrid, cit. por J. SÁNCHEZ MONTES, ob. cit., pp. 100 y ss. Sobre los testimonios y actitudes que Américo Castro llama "mesiánicas", en tiempo de los Reyes Católicos, *cf. Aspectos del vivir hispánico*, pp. 21-26. Este 'clima' —providencialista— se da también en el reinado de Carlos V.

[30] Pedro MEXIA, *Historia del Emperador Carlos V*, edición y estudio por J. de M. Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1945, lib. V, cap. II, p. 534.

[31] R. B. MERRIMAN, *Carlos V*, p. 192. *Cf.* también E. PACHECO Y DE LEYVA, *El peligro turco en tiempo de Carlos I*, Madrid, Editorial Arias, 1918. E. GARCÍA ONTIVEROS, *La política norteafricana de Carlos I*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Instituto de Estudios Africanos), 1950.

[32] R. B. MERRIMAN, *Carlos V*, p. 203. Según este autor, en 1532 se hallaron presentes en Viena 6.000 españoles, 16.000 en Túnez y 8.000 en Argel (*cf.* pp. 177, 188 y 203).

sidad militante que hacía decir a aquellos hombres: "Por la honra pon la vida, y pon las dos, honra y vida, por tu Dios"... Explícase no menos a la luz de un profundo sentimiento monárquico, el cual exteriorizaban los muy sufridos y leales infantes a su regreso de Flandes, en un célebre cantar:

No me pesa de ello, Rey,
ni de ello tengo pesar,
que por él, y por la ley
y por Madama Isabel,
mucho más hay que pasar [33].

ANTONIO ANTELO IGLESIAS.

Universidad Nacional.
Bogotá, D. E.

[33] Citado por Américo CASTRO, *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1948, p. 618 (Suprimido en la nueva edición de esta obra, *La realidad histórica de España*, México, Editorial Porrúa, 1954).